

MOCOSOS

MARGINALES



Juan Camilo Ahumada

MOCOSOS MAGINALES

Juan Camilo Ahumada

Sin
Palabras.
EDITORIAL

*A mi madre y a mi abuela que moldearon
un hombre del barro y el polvo*

*A Héctor Darío, Graciela, Nayibe,
Gustavo, Gloria y Zulma*

*A saber quién es el bueno y quién es nadie
A cuánto vale una vida, un pan en la calle
A las palabras que son muchas y tan delicadas
Le aprendí a tener amor a esa cobija y sus parches de pulgas
A cuchillos oxidados
Al bouquet de la bazuca y del alcohol barato
A las ratas que ruleteaban mi cuarto*

Más que real / Crack Family

I

Escupiré una historia de viejo. Una historia melancólica, dinámica y trágica. Con ese filtro que lo separa a uno de los momentos felices y lo pone a verlos con un nudo en la garganta y un charco en los ojos. Una historia memorable. Un hilo que tengo enredado hace un par de años y que tengo que desenredar, una oscuridad que se irá aclarando mientras escribo. Al comienzo todo era oscuridad. En la oscuridad amanece para todos en el último rincón del mundo que es mi mundo entero y que se llama Usme. Amanece oscuro, sin ganas, con nubes grises y llovizna suavcita. Usme es el escenario donde voy a andar desenfrenado por entre estas páginas. Un culito de ciudad lleno de barrios chiquitos, un apéndice de tierra, un rincón al extremo sur con campo y campesinos, río que atraviesa y mucha gente pobre con hijos ñeros. Sur de Bogotá, calles empolvadas, barrios que fueron invasiones, vacas entre las calles, cambuches que fueron dando paso a casas de bloque y cemento. Mi abuela aristócrata a eso le dice barriada, tugurios, barrios marginales, loma. Dígale usted como quiera que ya tiene idea de lo que hablo.

Ubíqueme ahí y póngame subiendo por mi cuadra muy de mañanita. Salgo de mi casa, subo la cuadra completa hasta la carretera y no veo a Luchito hasta tenerlo a dos metros de distancia. Estamos congelados, con los labios morados, con los dientes estrellándose por el temblor de las mandíbulas. Vamos los dos mocosos moqueando y temblando. Vamos, le digo. Vamos entonces. Por el camino que lleva al paradero

en silencio. Ni qué frío tan áspero, ni qué gonorrea de frío, ni nada. No hablamos de lo obvio. Caminamos desde mi barrio que se llama El Bosque hasta el paradero en medio de la niebla. Donde doña Dora ya estamos con la sangre circulando y ya no nos vamos a morir de hipotermia. En el colegio aprendí que la hipotermia es el frío que mata, el congelamiento que sufren los que trepan nevados y los que duermen en la calle en los países donde cae nieve. Nos salvamos por caminar rápido, por ir andando rápido en mi recuerdo, en un presente eterno. Pasamos entre la gente que espera bus enfundada entre chaquetas y gorros de lana. Madrugadores que esperan cerca de doña Dora a que salgan los buses de La Unión que van por la carrera 30 y otros, más allá, que esperan a que baje el Imperial que va por la avenida 68 hasta el terminal y más allá, sin fila, un desorden de gente esperando que algún motor de bus de La Universal se prenda y vaya para el Centro por la décima. Atravesamos el paradero y seguimos por la misma vía de los buses, porque aquí no hay andenes. Pasamos por la iglesia de Usminia, la cancha de Alcantuz y el caño de la entrada de Serranías. Yo he pasado miles de veces por este caño y siempre me acuerdo de un día que íbamos con mi mamá y con mi hermana que botó un zapato aquí. Estábamos muy niños. Mi mamá dice que yo no me acuerdo porque fue hace mucho, se equivoca, claro que me acuerdo, nunca me olvidé. A mí no se me pasa nada, tengo buena memoria. Así fue cuando era niño, así es ahora que camino en silencio con Lucho y así será después cuando escriba lo vivido. Vamos para El Virrey. Ayer fuimos a la misma casa, en este mismo horario. Madrugados. Hoy lo hacemos de nuevo. Vamos a hacerlo. Por eso caminamos en silencio, un poco por el frío y otro poco por el susto, que

no se reconoce en público, pero que se siente y que es como la gasolina que lo mueve a uno. Si uno no se asusta se confía y si se confía pierde. No se confíe, Luchito, que pierde *ipso facto*, la desgracia es un fantasma que nos persigue, una máquina amarilla que espera paciente el error para caer encima. Al caído caerle. Aunque no soy católico, rezo. En algo hay que creer. Me lleno el silencio de la cabeza con oraciones que aprendí de mi abuela y que repasé donde unas monjas en Usminia cuando era niño, con el *Ángel de mi guarda* memorizado. Oraciones de niño. Todavía no soy adulto porque no tengo cédula, ya casi, estoy más cerca de la cédula que del jardín infantil. Lucho tampoco tiene cédula, también ya casi. Se ve muy chinche, qué va, es de mi edad indeterminada, somos del mismo año. No sé si reza, ahora que atravesamos Serranías en silencio no lo miro mucho, cada uno va en lo suyo, procesando sus fantasmas, lidiando con el miedo que es la gasolina natural que nos empuja.

Estamos frente a la casa de El Virrey. Es la quinta vez que vengo a esta casa. No solo vinimos ayer. Hay reglas y las reglas se siguen para garantizar el éxito. Punto. Uno visita antes, viene en diferentes horarios, se pilla la movida. Uno no cae de la nada. No se inventa nada. Uno hace lo que hay que hacer. Yo vine antes, cuando era el momento. La primera vinimos todos, las tres divinas personas. La segunda vez vine yo solo. Eso falló. Las otras dos veces vine con Luchito. Madrugados, entre semana, con paciencia, solo para ver, para escuchar. Un pillo necesita saber observar y escuchar. Luchito es muy bueno para estas cosas. Es muy paciente, no se confía, sabe cómo son vueltas. Sabe estar tranquilo, sabe mirar y escuchar. Por eso ya sabe de la cucha más vieja. Ya le dije, no hoy, antes, ya le tengo dicho. Que hay una cucha

que no hemos visto porque nunca sale. Una viejita que vi en una ventana con pijama cuando vine solo. Tenemos la información completa y la gasolina corriendo por las venas, nos entendemos callados porque lo sabemos todo. Estamos en diagonal a la casa. Nos acomodamos en la pared naranja intenso de la panadería El Pan de Dios de la esquina, que todavía no abren. Tengo hambre, siento el olor del pan. Adentro, al otro lado de la pared que nos sostiene, suena y vibra una máquina que hace miles de panes de cien. Luchito me dice que vea, salió el peladito. Miro. Sí, sale el pelado, no sale con la mamá. Sale solo con su maleta y su uniforme de colegio privado con saco rojo y pantalón gris. El peladito debe tener unos ocho años o nueve, diez no. Menos de diez. Una cantidad de años que está entre los ocho y los diez, pero que no es ni ocho ni nueve ni diez. El peladito pasa por el frente de nosotros. Se viene caminando firme hacia donde estamos y cruza sin pensar que estos hijueputas me van a robar la consola que dejé en la casa. Pasa derecho. Nosotros estamos recostados en el poste que está aquí en la esquina y que queda a un metro de la entrada de la panadería. No llamamos la atención porque aquí los ñeros abundan. Pasa y por verlo en uniforme me acuerdo de mi colegio, de la tarea de filosofía y pienso en eso. No nos mira, no se asusta, nada. Como si estuviéramos muertos. Como si no nos hubiera visto, aunque seamos así de visibles. La niebla ya se disipó. No nos ve porque no quiere. Caminar rápido desde el Sucre nos quitó el frío. El Virrey está dentro de una montaña. El Sucre, donde nos encontramos hoy a las cinco, está en la punta de otra montaña, más fría y más al sur, donde el viento levanta tejados y empuja borrachos. Aquí en El Virrey, una hora más tarde, ya nos vemos, ya hay luz. Amaneció sin sol.

El niño que salió de la casa me pone a pensar en mi colegio. Tengo que escribir una historia de algo que yo considere cotidiano, no sé qué escribir, sigo con la tarea en la cabeza. En la cabeza de Luchito va su gorra roja con un Marvin bordado. La tiene puesta ahora y un saco cerrado azul, celeste, un jean azul, o sea un blue jean, y unas zapatillas blancas con marcas negras. Yo estoy con un buzo de capota, es un buzo de una universidad en Estados Unidos que yo no conozco, a la que nunca voy a ir, que ni sé cómo se llama, me lo regaló mi mamá. Mi jean es más claro que el de él, es un levis hielo, original, se le puede revisar la doble costura y la marquilla, original. Estoy mal de zapatos, por eso mejor no los menciono. Así de visibles. Con nuestros rojos y negros y vinotintos y celestes, el peladito pasó y no reparó en nosotros. No sé si nos vio, no parecía habernos visto. Pasó ignorándonos. Pasó por el lado y ni se dio cuenta que nosotros veníamos para su casa. Llegó a la esquina, nos dio la espalda, se agarró las dos tirantas de la maleta que le daban en las axilas y se fue caminando por la pendiente abajo. Siempre lo había llevado la mamá, hoy no. Siempre pasa algo que le vuelve mierda a uno los planes.

Esperamos. Esperar es fundamental, es de lo más importante. Llenarse de paciencia. Van a ser las siete. A las siete abren la panadería naranja intenso de cristianos que nos sostiene recostados ahora. Tenemos que coronar antes de que esté el pan, porque abren y aparecen ojos que no nos convienen. A las siete no podemos hacer nada. Nos impacientamos. En menos de lo que canta el gallo o se leen seis frases, nos impacientamos por la hora. Vamos a hacerlo, me dice Luchito. Me dice vamos a hacerlo, García. Lo hago. Meto la mano en el bolsillo de atrás, el de la billetera. Ahí

tengo la llave, la hice yo mismo. Voy confiado. Es una llave que mide lo que mide mi mano, es delgada, mi mano también es delgada, de rata. La corté de una botella de litro y cuarto no retornable, esas son las mejores, es mi secreto. Ya tengo estas puertas vistas y ensayadas. Me acerco. Voy solo. Luchito en el poste, quieto. Mirando, con la campana en la mano, campanero. Saca el celular. Lo miro y me hace un gesto como si estuviera manejando carro. Le copio de una. Está llamando a Mauro. Voy solo, firme, hago la diagonal pasando por el frente de la casa esquinera y de la siguiente. Vamos para la tercera casa. Me acerco. Miro por la ventana, la luz está prendida, no veo a nadie. Tomo aire, un montón, inhalo el aire y me concentro. Agarro la puerta por la manija que sale de la chapa como una barriga pequeña. Jalo la puerta hacia mí, aunque no logro moverla, es más para sostenerme yo jalándola hacia mí y tratando de mantenerla presionada y para así evitar el ruido. Ya tengo la llave en la otra mano. Es de un plástico muy fino, nos lo hacen en las fábricas de Coca-Cola. Yo lijé la llave, yo la corté y le di esta forma de lanza que ahora acaricio mientras estoy sostenido en la manija de la puerta. Tres segundos. Exhalo suave y largo. Me impulso, me lanzo contra la puerta, estoy agarrado con la mano derecha y, acercándome, cruzo la izquierda, meto la tarjeta, la llave, sacudo un poco, nada fuerte, no hago ruido. Soy muy delicado. Los tiempos, los ritmos y las fuerzas precisas. Este reloj que somos con Luchito ya está dando la hora exacta. Abro, todavía tengo el portón en mi mano y Luchito entra. Me mira, me mira fijo durante el segundo o los dos segundos que se toma para acomodarse la gorra hacia atrás, para no estrellarse con nada y para poder ver todo. Yo cierro. Me mira, se gira la

gorra, me levanta la frente como saludándome. Se frota las manos y las sacude. Yo sigo en la puerta. Luchito va para arriba. Yo debo quedarme aquí, solo. Ahora yo campaneo desde la puerta. No teníamos pensado que estuvieran las dos. Arriba hay ruido. Las dos están arriba. Dos cuchas, una viejita y la otra no tanto. Deben ser la mamá y la abuela del niño con saco rojo. Un televisor prendido. Luchito va por las escaleras ya. Yo corro el pasador en silencio. Nadie entra, nadie sale. Me recorro el primer piso. Sala, al fondo de un pasillo el baño, después cocina y un patio cubierto. Nadie. Todas están arriba. Todas, como si fueran muchas. Las dos. Las dos están arriba. Me meto al baño. Prendo la luz. Reviso, no hay aparatos. Solo me escucho a mí. Deben estar durmiendo. Subo. Segundo piso, el tercero es terraza. Estas casas son muy pequeñas. Apenas para que viva una abuela, dos padres y un hijo. Pero al hijo le toca dormir con la abuela hasta que se muera y le deje toda la pieza. Hay dos piezas. Una a la derecha y la otra a la izquierda. Yo abro la puerta de la derecha. Ahí están las dos acostadas. En la misma cama. Despiertas. Viendo al Calvo Madrugador en la televisión. Anoche, una máquina amarilla aplastó el bus de una ruta con niños que iban del colegio a su casa. En la televisión no han hablado de otra cosa. Las cuchas miran en el televisor, de lejos, el sufrimiento de las mamás que aparecen gritando por sus hijos muertos. Gente gomela con colegio en el Norte y ruta y calles construidas y sistemas de transporte en construcción. Gente que, como todo lo tiene, aun perdiendo un hijo no pierde mucho. Encontramos a las cuchas mirando a otras cuchas sufrir en el televisor. Lo que debo hacer es llevarlas al baño, encerrarlas ahí para que no vean nada ni llamen a nadie, pero aquí están las dos

tan juiciosas que las deajo. Ni gritan, solo abren los ojos y se tapan las tetas con las cobijas como si estuvieran desnudas, aunque no. Dios mío, Dios mío. No dicen más. Viene con nosotros, les digo para que se tranquilicen y las confundo, por segundos dejan de llorar para pensar si lo que dije era bueno o malo. Las deajo confundidas en el cuarto. Les deajo el televisor, la tragedia que las entretiene. Lloran y siguen viendo el televisor. No llore, señora, le digo a la menos vieja, desde el pasillo, sin entrar al cuarto sino como yéndome. Estas son cosas materiales, esto se repone. ¿Qué son dos televisores de estos grandes y una consola de videojuegos? Le quiero decir, pero no le digo, que más perdieron esas familias de los niños espichados por una mezcladora de cemento por allá en Suba. Les quiero dar tranquilidad porque sé que debe ser difícil tener estos ñeros metidos en la casa. No es para tanto, no las vamos a espichar, no les vamos a hacer nada si no toca. Si toca, Lucho hará lo que toque. Es el beneficio que me gano por ser el de las llaves. Me va mal siendo violento. No soy tan efectivo como Lucho que es un leoncito. Nos protegen las latas metidas entre la cintura y la correa. No las mostramos, no hay para qué, ser desconocidos y estar dentro de la casa es asustador. Es suficiente para meter miedo. Sabemos que la gente ve dos, pero piensa que son más, escuchan voces, ruidos afuera, gente que habla, se imaginan un batallón. Salgo a la ventana y desde arriba le hago señas a Mauricio que llegó y está parqueado en la esquina. Me asusto, tengo la gasolina circulando. Puede no estar listo. Le muevo los brazos para que me vea desde la esquina, contesta de una. Me hace ojitos con las luces del carro. Mauro es el que sí tiene cédula y por eso ya trabaja manejando un taxi de un cucho de Monteblanco.

Me dice estoy en la panadería, García. Con las luces, me avisa. Yo le digo con señas que bueno, que qué bien, que se meta por la cuadra. Que ahí estamos. Señora, le dejamos este televisor para no interrumpirles el programa del Calvo Madrugador, porque esta de los niños aplastados es una tragedia que se vive minuto a minuto, pero nos tenemos que llevar el de abajo. Es el más gomelo. Luchito me entrega unos cables como diciéndome que baje yo las cosas y que él se queda con las cuchas. Es lo mejor, yo soy muy charla-dor y soy capaz de quedarme a tomar tinto si me invitan. Además, no me gusta que lloren, no ha pasado nada. Bajo la pantalla de la pared de la sala del primer piso. Primero unos cables y unos transformadores y después la pantalla del cuarto del niño, que nos llevamos con la consola todavía conectada. Todo al taxi de Mauro. Qué hubo, Mauro. Dejo ahí, me devuelvo. Subo las escaleras. Luchito se encerró con las cuchas. No toco la chapa de la puerta, no sé por qué, golpeo. Mientras golpeo la puerta se abre y sale él. Al fondo las dos cuchas lavadas en lágrimas y mocos innecesarios. Bajamos, salimos y nos subimos al taxi de Mauro. De nada sirvieron mis presentimientos. Pura gasolina quemada. Todo bien, todo fine, todo copas. Solo me falta hacer la tarea de filosofía para Héctor Darío, no sé qué escribir, sigo con eso en la cabeza. Por ahora, victoria. Nos vamos felices creyendo que este es el final de una historia que apenas comienza. Nosotros, que nunca hemos tenido nada, acabamos de ganarlo todo. No hay diploma ni mención de honor que reconozca este mérito, no hay medallas ni banderitas en el pecho. Solo satisfacción por la misión cumplida. Una hora más dada por este relojito, una ruta hecha con el bus lleno y a tiempo.